

guas que andar desde Compostela á Culiacan, y toda aquella tierra se habia quedado despoblada de resultas de las guerras pasadas, temió el Capitan general de esta expedicion que faltase á su ejército el bastimento necesario, y así dió orden para que se repartiase en cada compañía, con proporcion, el ganado que se llevaba, y que los capitanes diesen de comer á sus soldados con cuenta y razon. Entre éstos se habian repartido más de mil indios amigos, que se alistaron de México, Michoacan, Provincia de Avalos y de otras partes, los cuales llevaban consigo indias de servicio, y lo necesario para hacer tortillas. Proveyóse de gente que llevase á su cargo, unos el ganado mayor y otros el menor; y estando todo muy bien ordenado, determinó Francisco Vázquez Coronado salir á campaña el dia 1.º de Febrero del año de 1540, dejando por su teniente de Gobernador y Capitan general de la Galicia á Cristóbal de Oñate.

Movió, pues, su campo, y llevando en su compañía á los padres Fr. Márcos de Niza, Fr. Juan de Padilla, Fr. Juan de la Cruz y Fr. Luis de Ibeda, con otros dos religiosos que no los nombro por andar vários los historiadores, partió de Tepic, y á pequeñas jornadas llegó el ejército al rio de Tzanticpac, y en sus orillas se hubo de detener tres ó cuatro dias para pasar los carneros y

todo el ganado que se llevaba de bastimento, pasando los soldados de á caballo uno á uno encima de la silla. Concluida esta maniobra, al cabo de un poco de tiempo llegó sin novedad el campo al pueblo de Chiametla, donde Nuño de Guzman habia poblado la villa del Espiritu Santo, que duró poco y se despobló, como tengo dicho, y se halló toda la tierra circunvecina alzada, y de guerra, por cuyo motivo fué preciso ir á la sierra en solicitud de algun maiz para el mantenimiento de los soldados. Salió á ese fin el Maese de Campo, Lope de Samaniego, con gente de su compañía, y los indios del pueblo se internaron en la espesura de un monte. Metióse un español inconsideradamente en los bosques con ánimo de coger algunos de los indios alzados, y él mismo fué cogido; pero oyendo el Maese de Campo la algazara de los bárbaros, fué á favorecerle y le escapó. Despues de haber Lope de Samaniego ayudado á ese soldado á escapar del furor de los indios, se descuidó, y mirando á un lado y á otro, los indios, que desesperados de haber perdido su presa no cesaban de disparar flechas, le dieron con una, atravesándole un ojo y penetrándole el casco, de que luego cayó muerto sin hablar palabra. Acudieron los soldados de su compañía, y trajeron el cuerpo al campo, donde le enterraron en una enramada que se habia formado para



decir misa. Se entristeció mucho la tropa con este fatal suceso, por ser bienquisto de ella, y por la opinión que se tenía de su valor, siendo uno de los buenos soldados que iba en el ejército. Andando el tiempo fueron llevados sus huesos á la iglesia de Compostela, y tenía la punta de la flecha, que era de pedernal, tan fija y encajada en el casco, que si no era haciéndola pedazos, no era posible sacarla.

En esta faccion solo pereció este buen soldado, y antes de partir de Chiametla mandó el general ahorcar quince ó veinte indios alzados, que se habian cogido de prisioneros, para que con este castigo escarmentasen los demás y siguiese el ejército su marcha sin contradiccion. Anduvo el campo caminando á pocas jornadas, dejando al salir de Chiametla colgados de los árboles los bárbaros que se habian ajusticiado, y llegó en buen orden hasta la villa y provincia de Culiacan, poblada por Cristóbal de Oñate conforme á las órdenes de Nuño de Guzman, y aunque los repartimientos no eran de mucho provecho por la pobreza de la tierra, permanecieron en ella algunos españoles nobles y honrados, hasta que con el tiempo descubrieron algunas minas, que les animaron á que de asiento estuviesen en aquel país. Salieron los vecinos de la villa á recibir su gobernador, y como pudieron le obsequiaron y dieron aloja-

miento al ejército. Más de un mes se detuvo el general y su campo en la referida villa, para dar lugar á que se rehiciesen y engordasen los caballos, y los soldados se apercibiesen de harina y maíz, entendido cada uno que de allí adelante habia de comer de lo que pudiese cargar, porque hasta el valle de Corazones no habia providencia de bastimento, y se asignó á cada soldado un indio de los amigos para que sirviese de tameme y le ayudase en el discurso del viaje. Se apercibió á los soldados, que teniendo que andar una travesía de más de cien leguas de tierra despoblada, no se descuidasen en ir conservando su respectivo bastimento, en la suposicion que de allí adelante se proveerian de nuevo y con más comodidad. Estando todo prevenido y bien reforzado el campo de viveres, salió de Culiacan, y á las tres ó cuatro jornadas hizo alto en un pueblo que se llamaba Ebora, por habérselo dado en encomienda Nuño de Guzman á un portugués que tenía por nombre D. Sebastian de Ebora, quien por serle de tan poco provecho, por estar retirado de todo comercio, lo abandonó y lo dejó de paz. Poco despues de esta jornada de Vazquez Coronado, se llegó á despoblar y destruir enteramente, por un hecho cruel que un capitán usó con los indios de los contornos, y ahora de paso referiré el caso para que se tenga noticia de todo



lo que acaecia en aquellos tiempos, así en los descubrimientos como en la posesion de los territorios de los indios de tierra adentro, no obstante que sucedió poco despues de haber pasado por el dicho pueblo el ejército de Vazquez Coronado, porque no ocurrirá tratar de este pueblo de Eborá en la serie de esta historia.

La villa de Culiacan tenia muy pocos vecinos, tanto que no llegaban á ciento, y como se hallaban en frontera y rodeados de varios pueblos de indios, con la precision de servirse de ellos, vivian recatados y sobre aviso, teniendo por más sospechosos á los indios, que sin embargo de ser reputados por amigos, servian más de fuerza que de buena gana. Por esta razon, cuando habia rumor de algun movimiento entre los indios, se juntaba inmediatamente el Consejo y Cabildo de la villa, y nombraba un capitan, quien con algunos españoles é indios amigos ocurría al remedio, apaciguando cualquiera alteracion de los indios tan recientemente reducidos á poblacion, y traian presos á los cabecillas de los rebeldes con algunas indias y mancebos que depositaban por cierto tiempo entre los vecinos para que se sirviesen de ellos. A algunos vendian, y á los más culpables castigaban con acrecentarles más el trabajo, y de este modo la tierra estaba sujeta y los vecinos de Culiacan se hacian respetar. Aconteció, pues,

cierto alboroto entre los indios de este pueblo de Eborá y los de otro: sin dilacion de tiempo nombró el Consejo de la villa, como lo tenia por costumbre, de capitan á uno de los vecinos, hijo-hidalgo y muy buena persona, para que fuese á la apaciguacion de estos pueblos. Se aprestó este capitan de la gente necesaria y fué con ella al pueblo de Eborá. Salieron los indios de paz y le ofrecieron de lo que tenian: el capitan asentó su real á la orilla de un arroyo, que distaba media legua del dicho pueblo, y comenzó á hacer informacion de lo que habia pasado entre los indios para componerles y castigar los autores del alboroto: tratando en la averiguacion del caso, los indios amigos que venian con los españoles, ó por enemiga que tenian con los del pueblo de Eborá, ó porque así era verdad, dijeron al capitan que no se fiase de las demostraciones pacificas de los de aquel pueblo, porque habian tratado entre sí, y se prevenian para matar á los españoles la noche siguiente, dando sobre ellos cuando estuviesen más descuidados. El capitan, poco instruido de las bellaquerías de los indios, y que más tenia de bueno que de prudente, y por otro lado se picaba de valiente, mandó llamar al cacique (que se llamaba Sebastian de Eborá, por haber tomado el nombre de su encomendero, como lo hacian muchos indios en aquel tiempo) y á sus de-



pendientes para que viniesen al Real á dar cuenta de su conducta. Vinieron con el cacique ciento y cincuenta indios sin armas como lo tenian de costumbre cuando parecian delante de los españoles, y iban á ver, sin más informacion ni otra razon que decirles que ya se habia sabido su maldad, y que la pagarian allí: luego al punto de orden del capitan, cercándolos los indios amigos y los españoles, comenzaron á alancearlos; y los indios amigos con sus macanas, que son unas porras de varias hechuras, les daban en las cabezas, de suerte que con la mayor crueldad los mataron á todos sin que se escapase ninguno, y al cacique, que se habia reservado para reprenderlo, le dijo el capitan que aquel castigo se habia ejecutado por el mal intento que habian tenido los suyos de matar á los españoles sin haberles hecho daño alguno; y que pues aquellos perversos indios habian pagado su maldad, no consentiria que le matasen, ántes bien queria que se fuese á su pueblo libremente, como prometiese ser bueno y vivir de allí adelante en paz y amistad con los españoles; pero el cacique respondió con entereza, que no queria vida; que se le hacia insufrible despues que le habian muerto tan inhumanamente á tantos y á tan valientes vasallos, y que así, se la quitasen, pues no queria vida sin ellos. No dejó de admirarse el capitan de esta resolucion tan ge-

nerosa, y no queria matar á cacique tan pundonoroso; pero aconsejándole los del Real que si se perdonaba la vida á este cacique podia ser cabeza de alguna revolucion peligrosa, lo mandó matar, y fué al pueblo con su gente, donde hallaron á los indios muy quietos en sus casas, sin muestra alguna de sospecha ó de alteracion la mas leve, teniendo en ellas sus pobres alhajas, de que se vino en conocimiento que no tuvieron estos indios intencion mala, y que fué desde luego testimonio falso que contra ellos levantaron los indios nuestros por sus fines particulares. Saben muy bien los que se versan en las misiones, que conviene no creer fácilmente las relaciones de los indios, por su propension natural al embuste y á la perfidia; y así anduvo muy inconsiderado este capitan en castigar, sin grande averiguacion, á estos pobres gandules indefensos, una culpa que desde luego les supusieron sus enemigos; porque lo que prueba más su inocencia es, que nunca los indios intentan alzamiento ó guerra sin poner primero en cobro las mujeres, los hijos y las alhajas, lo que aquí no se verificó, porque todo lo hallaron muy quieto.

Salió el ejército del pueblo de Eborá, y á poco andar llegó al de Petatlan, situado cerca de un rio de este nombre, y se halló á los indios de paz. Desde allí pasó á Tzinaloa, habiendo cami-



nado tres jornadas competentes, y sin detenerse Vazquez Coronado, hizo vadear á su tropa el rio de Tzinaloa, que es un brazo del de Petatlan, y se encaminó para el arroyo de los Cedros, que viene á ser otro brazo del rio Mayo. En esta marcha gastó tres dias el general, dejando mandado desde Tzinaloa, que diez soldados de á caballo doblasen las jornadas á la ligera, y que entrasen por una abra que hacen los cerros á la mano derecha, reconociendo lo que habia adelante de ellos, y le aguardasen en el dicho arroyo de los Cedros. No habiendo hallado estos soldados cosa de consideracion, determinó el general pasar adelante, y llegó con todo su campo, atravesando mucha tierra despoblada, al rio llamado entónces de Yaquimí, y hoy se conoce por el de Yaqui, hasta que llegaron los puercos que se llevaban para el mantenimiento del ejército, y el otro ganado de vacas y carneros fué caminando toda la sierra muy bien; y como no se intentó poblar allí, se consumieron por delante todos los puercos, para echar mano despues del demás ganado, segun la necesidad. Se dió un poco de descanso á la tropa, que transitó desde el rio Yaquimí, sin verse otra poblacion hasta el valle de Corazones (que, como tengo dicho, se llamó así por los tres cacastles ó canastos llenos de corazones de animales que presentaron los in-

dios á Dorantes, Cabeza de Vaca, Castillo y Maldonado, que en la peregrinacion que hicieron desde la Florida vinieron á parar en este valle), y poco más adelante, como unas diez ó doce leguas, está una provincia que se llama de Señora, y hoy se llama por corrupcion de su nombre antiguo, provincia de Sonora. En este valde Corazones, que es una misma tierra y poblacion que la de Sonora, se alojó en un pueblo el ejército, y aguardó á su general, que desde las orillas del rio Yaquimí se habia adelantado con ochenta hombres de á caballo, á fin de descubrir con brevedad el camino, y registrar lo que habia adelante, para evitar los riesgos que podian ocurrir, y mirar adónde convenia proveerse de bastimentos. Tenia dada órden á su campo que le fuese siguiendo poco á poco; y entretanto, discurriendo por algunas tierras de la Sonora, como muy poca provision de víveres pudo recoger, no se detuvo, y habiendo pasado un portezuelo corto y no muy áspero, que se llamó Chichiltuali, encontró una casa fabricada en sus laderas, que estaba embarrada de tierra colorada ó almagre. Aquí se juntó el general con su campo, que empezó á caminar algunas jornadas, pasando por despoblados, hasta un arroyo llamado Nexpa, y dejando este arroyo á mano derecha, al cabo de algunas jornadas llegó al rio de San Juan, llamado así por haber



llegado á él el dia de su festividad. Prosiguió su marcha el general, procurando que no se fatigase mucho su tropa, y á pocas jornadas llegó en el término de tres dias, con toda su gente, á la orilla de otro rio crecido, que es un brazo del rio Colorado, ya juntas sus aguas con el rio Gila; y porque fué necesario fabricar unas balsas para vadearlo, se llamó rio de las Balsas, y el dia siguiente paró el campo en un arroyo á quien se dió el nombre del Pinar, por los muchos pinos que habia en sus contornos, cargados de piñones muy buenos, y como se experimentaba ya mucha hambre en el campo, los soldados se entretuvieron en comer piñones: pasando más adelante hácia una grande barranca, se hallaron unos cuernos de carneros encima de unas peñas, de extraña magnitud, pues entrambos tenian una gran braza de largo, y apartándose un poco del camino hácia las sierras, fueron á dar á otro arroyo, que se llamó Bermejo, y volviendo al derrotero que ántes llevaban al Nordeste, hallaron algunos pueblecillos á orillas de los arroyos, cuyas casitas estaban hechas de esteras ó petates, y los que las habitaban, andaban vestidos de cueros de venados, y de las saleas de estos carneros de grandes cuernos. Algunos de los que fueron á esta jornada, dijeron haber visto tres ó cuatro de aquellos carneros grandes, y aseguraban que los bar-

baros se subian á caballo encima de ellos cuando querian huir, porque corrian mucho en tierra llana, y se encaramaban en las peñas. Tambien se vió despues en la otra parte de Tzibola, hácia la gran barranca de que se hará mencion en su lugar, carneros de esa especie. Otros que han penetrado la tierra adentro por el rumbo de Zacatecas, dijeron haber visto de estos carneros grandes; y Márcos Pablo de Venecia, en el libro que escribió de las muchas tierras y cosas que vió en el *Catay*, que es la *Tartaria*, dice haber allí de esta casta de carneros, y que los vió. Puede ser que sean los mismos que en el Perú son conocidos por *huamacus*, y que sirven para llevar bagajes y otras cargas. Como ántes habia apurado la hambre en el campo, tanto, que por haber comido algunos soldados algunas yerbas no conocidas, y especialmente de unas raíces que les pareció á manera de nabos, y eran tan ponzoñosas, que, sin poderlo remediar, murieron tres soldados, que uno de ellos se llamaba *Espinosa*, remedió el ejército en estos pueblecillos referidos la hambre que habia sentido en las jornadas antecedentes, comiendo de estos carneros grandes, que tienen la carne muy regalada, y se surtió de algun bastimento, pues allí se encontró maíz, frijoles y calabazas, y se dejaron ver dos indios, que segun se conjeturó despues, eran de la primera



poblacion de *Tzibola*. Dióse entónces el general la mayor prisa que pudo para llegar á *Tzibola*, y no experimentar el azote de la hambre, de modo que en pocos dias de camino llegó con todo su ejército á la primera poblacion de *Tzibola*, donde mataron los indios á Estebanico el negro, y se vió que era un pueblo repartido en dos barrios, uno que estaba en una eminencia ó alto, y otro en la falda, que formaba un llano; que las casas eran de tres y cuatro altos, y quedaba el pueblo cercado y redondo, porque estos indios fabricaban sus casas pegadas unas á otras en forma circular, dejando una ó dos entradas y salidas, y las puertas y ventanas de las casas caían para adentro, y en medio de cada casa venia á estar un gran patio: tenian debajo de tierra una gran sala cubierta de una portañuela á manera de la de los navíos, y en lugar de escalera quedaban arrimadas dos grandes vigas. Habia en el suelo un fogon pequeño muy bruñido y encalado, como todas las paredes de estas casas, en cuya pieza se están casi todos los dias y todas las noches los indios, jugando y armando su algazara, y las mujeres están en las casas moliendo el maíz y aderezando sus ruines comidas, y se las llevan á dicha pieza de abajo. Todos aquellos pueblos que se vieron por toda aquella tierra están fabricados en esta manera y guardan el ór-

den referido. No bien hubo aparecido el general y su ejército delante de estos dos barrios, cuando salieron á recibirle como doscientos indios, haciendo rayas y señales en el suelo, dando á entender con esto que no pasasen adelante sino que se volviesen. Requirióles el general con la paz; pero al ver que no la querian y que, al contrario, se acercaban tirando flechas y soltando el alarido que tienen de costumbre cuando van á arremeter á los enemigos, hizo señal el general, invocando al patron de los españoles *Santiago*, para acometer á los bárbaros, y al punto los soldados de á caballo, aunque los tenian cansados y flacos, dieron con brio sobre los bárbaros, y atropellando su multitud, mataron unos treinta de ellos y los demás tomaron la fuga y se encastillaron en los barrios. Se les volvió á proponer la paz, pero sin fruto, porque en la noche desocuparon los indios su pueblo y se fueron retirando con todo lo que pudieron llevar de sus casas, dejando en ellas gran porcion de maíz, frijoles y calabazas, que no pudieron cargar, con que se abastecieron los nuestros de comida, y se alojaron (bien provistos) en los barrios, poniendo centinelas; y en este puesto invernó el ejército, observando mucho recato para guardarse de alguna sorpresa que quisiesen intentar los bárbaros, ignorándose en tierra desco-



nocida el número de ellos capaces de tomar las armas.

El invierno en esta tierra es como el de España: llueve muy poco, y cae nieve todos los años en el mismo tiempo que por allá, porque aquella region está igualmente situada cerca de los cuarenta grados de latitud septentrional. No se vió en esta provincia fruta alguna; solo se mantienen sus habitantes de gallinas de la tierra y de la caza (que hay mucha), y de semillas, como frijoles y maiz, cuyas matas son bajas y dan mazorcas crecidas y de muchos granos gruesos, y parece que no se puede verificar hambre en aquella tierra, porque el maiz no se pudre, y en sus trojes se conserva dos ó tres años sin lesion: á más de eso, siembran muchas calabazas, de que se sustentan mezclándolas en sus rústicos potajes, y las más veces las comen crudas.

Habiéndose el general aposentado con toda su gente en los dos barrios mencionados, procuró enterarse de todas las cosas que habia en la provincia, pareciéndole, conforme lo que veía y le iban dando noticia, que eran cosa de burla las grandezas que la fama habia publicado de aquella tierra. Trató de asegurarse, entretanto, de otros seis pueblos que en el circuito de seis leguas estaban colocados; y como eran siete con el primero que hizo la resistencia referida, se pre-

sumió que eran las siete ciudades que habia visto el padre fray Márcos de Niza. La mayor noticia que se pudo adquirir, fué que á ocho soles ó jornadas de allí habia una provincia grande, poblada de mucha gente y abundante de bastimentos, que se llamaba del *Tiquez*, y que más adelante habia unos grandes llanos, donde se mantenian como ganado alzado muchísimas vacas, aunque de otra raza que las conocidas. Desde este pueblo, donde comienzan las tierras de *Tzibola*, despachó Vázquez Coronado unos soldados á la ligera para que el destacamento que habia quedado en el pueblo nuevo del Valle de Corazones ó de Tzonora, dejase poblada una villa, con órden al capitan Melchor Diaz (vecino de *Cubiacan*) para que quedase de Alcalde mayor de aquella poblacion, y que despues que estuviese asentada en alguna manera, dejase en ella treinta hombres de guarnicion, y con los otros treinta fuese hácia la mar del Sur, reconociendo la costa, los puertos y los pueblos que hubiese, y tomase noticia de dos navíos que por mar habia despachado el señor Virey, al mando del capitan Hernández de Alarcon, con el fin de socorrer su ejército de tierra. Escribió tambien este general á México, dando una relacion por extenso al señor Virey de las operaciones de su ejército y de lo que habia podido observar en las tierras de su tránsito



hasta el primer pueblo de Tzibola, donde tenia intencion de pasar el rigor del invierno y disponerse á seguir su descubrimiento para la gran Quivira. Proveyó tambien el general Vázquez Coronado para que el capitan Don García López de Cárdenas fuese con treinta hombres á reconocer la tierra que corre más abajo del pueblo de Tzibola, y le informase con exactitud de sus circunstancias despues que lo hubiese bien registrado. Dejarémos por ahora á Vázquez Coronado en sus cuarteles de invierno, ocupado en prevenirse para la continuacion de sus descubrimientos, que volverémos á tocar hablando de los sucesos del año siguiente, porque pide el buen orden histórico y la claridad que digamos lo que pasó de importancia en la Nueva-Galicia en este año de 1540.

---



---

## CAPITULO VII.

---

TRATASE DE LOS SUCESOS ACONTECIDOS EN LA NUEVA GALICIA EN AUSENCIA DE SU GOBERNADOR FRANCISCO VAZQUEZ CORONADO: FUNDACION DEL CONVENTO DE JALISCO.

Antes de partir Francisco Vázquez Coronado para su descubrimiento de Tzibola, dejó por su Teniente Gobernador de la Galicia al capitan Cristóbal de Oñate, caballero de mucho mérito y muy exigente en el real servicio. Halló este Gobernador por conveniente mudar la villa de Guadalajara, de *Tonalá* al puesto de *Tlacotlan*, y para este fin congregó toda la gente española que andaba dividida en estos dos parajes; formó un padron de los vecinos, y despues que hubo dado aliento á la poblacion de la villa, se fué á la ciudad de Compostela, donde se procuró en